

EMMY & OLIVER

Robin Benway

*Después de recuperar lo perdido,
debes volver a empezar...*



Título original: *Emmy & Oliver*

Traducción: María Celina Rojas

© 2015 Robin Benway

Publicado por un acuerdo con Harper Teen, división
de Harper Collins Publishers

“maggie and milly and molly and may.” © 1956, 1984, 1991
por Trustees de los E. E. Cummings Trust, de *Complete Poems:
1904–1962*, E. E. Cummings, editados por George J. Firmage.
Utilizado con permiso de Liveright Publishing Corporation.

© 2016 De la presente edición #numeral
Todos los derechos reservados

Dirección de proyecto: Cristina Alemany

Edición: Erika Wrede

Dirección de arte: Alejandra Bello

Arte de portada © 2015 Matthew Allen

Diseño de portada Sarah Nichole Kaufman

Diseño de colección y armado portada: Eduardo Ruiz

Armado interior: Tobías Wainhaus

Prohibidas, en virtud de los límites establecidos por las leyes, la reproducción/copia total o parcial de esta obra, transmisión por medios electrónicos, fotocopias o cualquier otro medio online o impreso de la misma, como cualquier cesión, sin expresa autorización escrita del editor.

#numeral

Av. Córdoba 744 4° H CABA - (1054) República Argentina
5411 5353 0831 - info@numeral.com.ar

ISBN 978-987-4085-00-9

Impreso en Argentina

Primera edición: Junio de 2016

Benway, Robin

Emmy & Oliver: Después de recuperar lo perdido, debes volver a empezar... /
Robin Benway; editado por Cristina Alemany - 1a ed. - Ciudad Autónoma de
Buenos Aires: Numeral, 2016.

312 p.; 22 x 15 cm.

Traducción de: María Celina Rojas.

ISBN 978-987-4085-00-9

1. Identidad. 2. Relaciones de Familia. I. Alemany, Cristina, ed. II. Rojas, María
Celina, trad. III. Título.

CDD 158.2

*Pues perdamos lo que perdamos (como un tú o un yo)
siempre es nosotros lo que hallamos en el mar.*

**E. E. CUMMINGS, "MAGGIE Y MILLY
Y MOLLY Y MAY".**

LA NOTA



a última vez que Emmy ve a Oliver es en el día cuarenta y tres del segundo curso.

Oliver es su vecino y su amigo. Nacieron en el mismo hospital el mismo día: el siete de julio; 7/7.

Piensa que tiene mucha suerte de tener un amigo que viva justo al lado y de compartir con él su cumpleaños. Puede visitarlo cuando quiera, pero no todo el tiempo, porque a veces Oliver se va a la casa de su papá los fines de semana. Se divierten, dice Oliver, pizza y helado y cosas por el estilo. A veces, películas. Emmy piensa que tal vez tener papás divorciados no es tan malo, no si eso significa conseguir helado extra; pero luego, en la noche, cuando su habitación está oscura y escucha ruidos extraños en el armario, que podrían ser monstruos o no, está contenta de que su papá y su mamá todavía estén juntos en el dormitorio al fondo del pasillo.

En esa tarde número cuarenta y tres del segundo curso, su amiga Caroline le entrega a Oliver una nota cuando la maestra se da vuelta. Emmy observa cómo el papel pasa cerca de ella y llega al escritorio de su amigo Drew, quien le suelta a Caro una sonrisa escurridiza y luego le pasa la nota a Oliver. Emmy mira a Caroline, que está sonriendo de manera descontrolada. Tienen siete años y esta es la primera de muchas, muchas notas que

pasará en clase, pero esta es la primera y más especial que Caro va a entregarle a alguien.

Oliver está en frente de Emmy ahora, la cabeza hacia abajo mientras resuelve con dedicación ejercicios de suma en el cuaderno de Matemáticas. Ella ve que la etiqueta de la camiseta le sobresale por la parte de atrás; lo que no sabe es que va a recordar esa etiqueta durante años, va a soñar con acercarse a él y acomodarla de vuelta dentro de la camiseta antes de despertarse, la mano preparada en el aire, el sueño tenue escurriéndosele entre los dedos.

En cambio, Emmy mira con enojo a Caro y observa a Oliver desdoblar la nota y leerla. ¡Podrían meterse en grandes líos por pasar papelitos! Emmy le lanza una mirada furiosa a Caro, quien solo frunce el ceño y le saca la lengua, pero Emmy sabe que no está enojada de verdad. Cuando Caro está realmente enojada, te ignora. Eso es mucho peor.

Oliver escribe algo en el papel y se lo devuelve a Caro mientras la maestra explica cómo pedir prestado a las decenas, y Emmy empieza a sentir un cosquilleo en la piel, como aquella vez que se bronceó demasiado en la playa. Caro solo le sonrío, y Emmy vuelve a bajar la cabeza y se lleva un número en la suma.

Después de la escuela, Caro corre hasta alcanzar a Emmy y le muestra la nota.

-¡Mira! -grita. El papel está tan doblado que se siente tan suave como el algodón, y Emmy lo abre. Dice: *¿TE GUSTA EMMY? ¿¿¿SÍ O NO???* Y la palabra *Sí* está redondeada tres veces.

Emmy sostiene el papel y busca a Oliver con la mirada, pero sus mamás y papás están esperando para buscarlos; Oliver ya está corriendo hacia su papá. Él ahora conduce un auto deportivo. Es *taaaan* genial. Eso es lo que dice Oliver.

-¡Oliver! -grita Emmy-. ¡Tengo que hacerte una pregunta!

EMMY & OLIVER

Pero él ya está adelante, corriendo hacia el auto deportivo y hacia su papá.

-¡Oliver! -exclama-. ¡Oliver, espera!

Pero es demasiado tarde. Oliver ya está en el auto.

Y desaparece.

CAPÍTULO I



LIVER DESAPARECIÓ DESPUÉS DE LA ESCUELA UN viernes por la tarde, allá cuando estábamos en segundo curso y las cosas pequeñas parecían muy importantes y las cosas importantes, muy pequeñas. Aquella tarde no fue raro verlo entrar en el auto de su padre, un convertible rojo cuyas ruedas chirriantes resonaron en mi mente durante años.

Oliver y yo habíamos sido mejores amigos desde el día en el que nacimos hasta el día en el que su papá lo buscó de la escuela y nunca lo llevó a su casa. Incluso éramos vecinos, las ventanas de nuestros dormitorios se reflejaban entre sí.

Su ventana ha estado vacía por diez años, pero a veces miro hacia su habitación y sigue exactamente como estaba cuando desapareció. La mamá de Oliver, Maureen, no movió nada. En los últimos diez años, se casó de nuevo e incluso tuvo dos hijas, pero el dormitorio de Oliver nunca cambió. Se convirtió en un santuario polvoriento, improvisado e infantil; pero igual lo entiendo. Si lo limpias, significa que tal vez él no volverá.

Algunas veces pienso que todas esas supersticiones –cruzar los dedos, no pisar las líneas, santuarios como los de la habitación de Oliver– provienen de querer algo con mucha intensidad.

El papá de Oliver fue muy inteligente al elegir la forma para llevarse. Era un fin de semana largo y se suponía que llevaría a Oliver

a la escuela en la mañana del martes. A las diez de la mañana, todavía no habían aparecido. A las once, la mamá de Oliver estaba en la secretaría de la escuela. A las tres de la tarde, había cámaras de televisión esparcidas por el estacionamiento de la escuela y por el césped de la casa de Oliver. Se nos vinieron encima como versiones electrónicas de cópiles, queriendo saber cómo estábamos, qué estábamos haciendo nosotros, los niños, ahora que nuestro amigo había desaparecido.

Caro se puso a llorar y mi mamá nos hizo sentar en la mesa y comer unas galletas: Oreo con doble relleno. Así es como supe que la situación era muy grave.

Todos pensamos que Oliver y su papá volverían esa noche. O al día siguiente. O seguro el fin de semana. Pero nunca volvieron. Oliver y su papá habían desaparecido, habían flotado hacia la nada, como las nubes del cielo, y eran incluso más difíciles de alcanzar.

Podían estar en *cualquier* lado y ese pensamiento era lo que hacía que el mundo pareciera tan amplio, tan vasto. ¿Cómo podían desaparecer las personas...? ¿Así de simple? La mamá de Oliver, en sus momentos de mayor lucidez, cuando no estaba llorando o tomando pastillas blancas pequeñas que solo la hacían verse triste, decía que viajaría hasta el fin del mundo para encontrarlo, pero parecía que Oliver ya había alcanzado el fin del mundo y se había caído en el abismo. A los siete años, esa era la única explicación que tenía algún sentido para mí. El mundo era redondo y giraba demasiado rápido, y Oliver se había ido, girando y alejándose de nosotros para siempre.

Antes del secuestro de Oliver, mi papá solía decir: “¡La ausencia hace que el corazón crezca!”, y me daba besos ruidosos en ambas mejillas cuando me abalanzaba para saludarlo a la vuelta del trabajo. Después dejó de decir esa frase (aun cuando sus abrazos eran más fuertes que antes) y me di cuenta de que no era verdad. No era verdad en absoluto. La ausencia de Oliver nos partió a la mitad, dividió nuestro vecindario a lo largo de una falla geológica que tenía la fuerza necesaria para ocasionar un terremoto.

Un terremoto hubiera sido mejor. Al menos durante un terremoto puedes entender por qué estás temblando.

Los vecinos formaron equipos de búsqueda, se tomaban de las manos mientras caminaban por las zonas frondosas detrás de la escuela. Hacían colectas, compraban café para los policías, y nos mandaban a Caro, a Drew y a mí a jugar. Incluso nuestra rutina de juego había cambiado. Ya no jugábamos a la casita. Jugábamos al “Secuestrado”.

“Bueno, yo soy la mamá de Oliver y tú eres Oliver y, Drew, tú eres el papá”, nos indicaba Caro, pero no estábamos seguros de lo que teníamos que hacer una vez que Drew me llevaba por la fuerza. Caro fingía llorar y decía: “¡Mi bebé!”, que era lo que Maureen había estado gritando aquel primer día antes de que los tranquilizantes le hicieran efecto, pero Drew y yo nos quedábamos parados, de la mano. No sabíamos cómo terminar el juego. Nadie nos había mostrado cómo y, de todas formas, mi mamá nos ordenó dejar de jugar a eso, porque íbamos a poner triste a la mamá de Oliver. “Pero siempre está triste”, había dicho yo, y ninguno de mis padres dijo algo después de eso.

A veces, pienso que si hubiéramos sido más grandes, habría sido más fácil. Muchas conversaciones se terminaban cuando yo estaba cerca, y aprendí a bajar las escaleras en silencio para poder escuchar las charlas de los adultos. Descubrí que si me sentaba en el noveno escalón podía ver la cocina y la sala de estar, donde Maureen se pasaba las noches sollozando con el rostro entre las manos, mi mamá sentada junto a ella sosteniéndola y abrazándola, como me sostenía a mí cuando me despertaba después de soñar con Oliver, con la etiqueta de la parte trasera de su camiseta, mi pijama empapado con sudor provocado por la pesadilla. Siempre había copas de vino sobre la mesa, surcadas con una resina oscura que se parecía más a la sangre que al Cabernet. Y el llanto de Maureen hacía que mi piel se sintiera rara, como si alguien me la hubiese dado vuelta. No siempre podía escuchar lo que decían, pero no importaba. Ya lo sabía. Maureen estaba triste porque quería sostener a Oliver de la misma forma en la que mi mamá estaba sosteniéndola a ella.

–No me podré ir nunca –lloró Maureen una noche mientras yo escuchaba desde las escaleras y contenía la respiración por si alguien me veía–. No me puedo ir, ¿entienden? ¿Qué haríamos si Oliver vuelve y no hay nadie...? Ay Dios, ay Dios.

–Lo sé –decía mi mamá una y otra vez–. Nos vamos a quedar contigo. Nosotros tampoco nos iremos.

Fue una promesa que ella también cumplió. No nos fuimos. Permanecimos en la misma casa de al lado. Otros vecinos se fueron y se mudaron nuevos, y parecía que todos sabían acerca de Oliver. Se había convertido en una celebridad local en ausencia, famoso porque no se lo encontraba; un fantasma.

A medida que pasaba el tiempo, se hacía difícil imaginar cómo luciría, aun cuando la policía le hiciera una progresión de edad a su foto de segundo curso. Todos miramos la representación artística del crecimiento de Oliver a lo largo de los años. Tenía la nariz más grande, los ojos más amplios, la frente más alta. Su sonrisa ya no era tan pronunciada y los dientes de leche se transformaron en dientes de adulto. Sin embargo, sus ojos nunca cambiaron. Esa era la parte extraña. La parte esperanzadora.

Nos quedamos, observamos y esperamos a que volviera, como si nuestro amor fuera un faro que él pudiera usar para iluminar su regreso a casa, para trepar por los costados de la tierra hasta la puerta del frente, la etiqueta de la camiseta todavía sobresaliéndole por la espalda.

Luego de un tiempo, sin embargo, después de que pasaran los años y que las fotos cambiaran y las pistas falsas nos llevaran a ningún lado, comenzamos a sentir que el faro ya no era para él. Era para los que habíamos quedado atrás, era algo a lo que aferrarse cuando nos diéramos cuenta de que cosas terribles podían suceder, que los villanos no solo existían en los libros, que Oliver tal vez no volviera nunca a casa.

Hasta que un día regresó.

CAPÍTULO 2

RECUERDO QUE ERA UN MARTES, PORQUE HABÍA ido a surfear esa tarde. Siempre salgo los martes porque mis padres trabajan hasta tarde ese día, lo que me hace más fácil esconder la tabla en el coche. Esa tarde había estado muy calma, el cielo brumoso y las olas no llegaban al metro de altura, y me estaba enjuagando en la ducha al costado de la arena cuando escuché que alguien gritaba mi nombre:

–¡Emmy! ¡Emmy! ¿Dónde está? ¿Está aquí? –levanté la mirada desde el final del camino y vi que mi mejor amiga, Caroline, venía llorando hacia mí.

Tenía el cabello enmarañado, tan enredado como el mío después de haberlo sumergido en agua salada y aire de mar durante algunas horas, y corría descalza hacia mí, los zapatos colgándole de la mano. La playa entera se detuvo para verla bajar la colina a toda velocidad, y escuché que un surfista le decía a su amigo: “¡Es *rápida!*”.

Salí del agua con el corazón acelerado. ¿Eran mis papás? ¿Un accidente? ¿Dónde estaba nuestro amigo Drew? Ay Dios, era Drew. ¡Algo le había ocurrido a Drew!

–Em –dijo, y había algo escalofriante en sus ojos, salvajes, esperanzadores y aterrorizados al mismo tiempo.

Nunca antes la había visto así, y es probable que no la vuelva a ver en ese estado nunca más.

–Emmy –volvió a decir–, encontraron a Oliver.

Es raro. Uno piensa cómo va a reaccionar al escuchar determinadas frases. *Encontraron a Oliver*. Y, sin embargo, cuando al fin escuchas esas tres palabras a las que les tenías tanto miedo que ni siquiera pensabas en ellas, miedo de atraer mala suerte, miedo de no escucharlas nunca, no parecen reales en absoluto.

–¡Emmy! –Caroline me sujetó por los hombros y se inclinó para poder mirarme a los ojos; me sostenía con tanta fuerza que podía sentir la punta de sus dedos a través de mi traje de neopreno–. *Encontraron a Oliver*. Está bien.

–Caroline –respondí despacio–, me estás lastimando.

–¡Ay, perdón! ¡Perdón! –me soltó los hombros, pero se mantuvo cerca–. ¿Estás conmocionada? ¿Estás bien? ¿Necesitas una bebida energética? Negué con la cabeza.

–¿Lo encontraron? ¿Cómo...?

Caroline sonrió.

–Me acaba de llamar tu mamá. No contestabas el teléfono, así que me mandó a buscarte.

Mi madre sabía lo que hacía. Caroline es definitivamente el tipo de persona que quieres para dar noticias. Malas o buenas, ella arrancará la tirta de una vez.

–Está en Nueva York –continuó–. Está volviendo a casa.

Me temblaban las piernas. Tal vez sí necesitaba algo energético después de todo.

–¿Quién está en Nueva York?

–¡Oliver, Emmy! ¡Dios, concéntrate!

–¿Puedo...? ¿Dónde está mi celular? ¡Necesito mi celular!

Caro todavía estaba dando saltitos mientras yo corría hasta mi toalla, escarbaba debajo de ella para tomar mi bolso y encontraba el teléfono en el fondo. Siete llamadas perdidas y tres mensajes de mi mamá. Todos decían: LLAMA A CASA AHORA.

–¿Le dijiste a mi mamá dónde estaba? –le pregunté a Caro mientras arrojaba el celular de nuevo en el bolso y trataba de quitarme el traje de neopreno lo más rápido posible, sin sacarme también el traje de baño.

–No, por supuesto que no –respondió y añadió–: Ven aquí –me ofreció el hombro para sostenerme mientras yo terminaba de quitarme la parte inferior del traje–. Le dije que tal vez estabas en la biblioteca y que por eso tenías apagado el celular.

–Bien.

Mis papás nunca me hubieran dejado surfear, así que no se tenían que enterar. Los quiero, pero si fuera por ellos, me habrían confeccionado un traje hecho completamente de burbujas de plástico y bolas de algodón. No quería ser el tipo de chica que se escabullía y hacía cosas a espaldas de los padres, pero amaba demasiado surfear como para dejarlo. Así que les mentí, y... sí. No era la mejor solución al problema, pero era la que se me había ocurrido.

–De todas formas, te preguntarán por qué tienes el cabello mojado –comentó Caro, interrumpiendo mis pensamientos.

–Inventaremos una razón en el coche –dije mientras me ponía, por fin, un vestido sobre el traje de baño. Caroline tomó mi toalla, me sujetó de la mano y subimos la colina hasta donde estaba el auto. Parecía como si escuchara aviones sobre mi cabeza, pero cuando miré hacia arriba y vi que no había nada, salvo unas pocas nubes bajas, me di cuenta de que ese sonido era el de la sangre subiéndome al cerebro, latiendo para mantenerme de pie y viva.

* * *

–Lo *encontraron* –susurró Caro. Cuando me apretó la mano, yo le devolví el apretón con más fuerza y bajé de las nubes una vez más.

Arrojé con rapidez la tabla de surf en el fondo de la camioneta de Drew antes de desplomarme en el asiento trasero. Él estaba esperando

detrás del volante, enviando mensajes de texto de manera frenética. Tenía las mejillas coloradas y vestía el equipo de fútbol. Él había sido mi mejor compañero de surf hasta que el fútbol comenzó a ocuparle más tiempo. Ahora está intentando conseguir una beca completa en Berkeley, como lo hizo Kane, su hermano mayor.

–Ay, Dios mío –dijo sin levantar la mirada–. ¿Puedes creerlo?

–La verdad, no –contesté–. ¿Tú?

–No –respondió, los dedos deslizándose a toda velocidad por el mini teclado–. ¿Qué explicación le vas a dar a tu mamá por el cabello?

–Piensa algo por mí –dije, dándome cuenta muy tarde de que mis pies estaban cubiertos de arena, lodo y piedritas. Ahora todo ese desastre estaba manchando las alfombras de la camioneta de Drew.

Drew ama su camioneta. A decir verdad, no es una camioneta, sino una combi VW modelo 1971, restaurada y roja como un pimientito. Las personas incluso se toman fotos con ella; es tan hermosa y tiene un montón de espacio para tablas de surf en la parte trasera. Le había pertenecido a su hermano, pero cuando Kane se fue a la universidad tres años atrás, se la regaló a Drew, como si hubiera sabido que la necesitaría para escapar.

–¡Ay, no! –exclamé cuando vi la arena–. Lo siento, tendría que haber...

–¡Qué importa! –chilló Caro–. Es arena, no ácido. Solo conduce, ¿sí?

–Espera. *Mi auto*. Tengo la mochila ahí dentro, mi tarea. ¡Tengo un examen mañana! –protesté.

–¿Es una broma, verdad? –Drew dio marcha atrás y la fuerza de la aceleración me empujó de golpe hacia el respaldo–. Ajústense los cinturones –ordenó–. Nadie va a hacer la tarea esta noche –cuando por fin avanzábamos por la calle a una velocidad constante, me miró por el espejo retrovisor–. Em, ¿estás segura de que no estás entrando en *shock*? Estás pálida.

–Ya le ofrecí una bebida energética –aclaró Caroline.

–Estoy bien –respondí. Me salió una voz aguda y chillona, y cualquier tonto con una visión promedio se habría dado cuenta de que no estaba bien.

Caro se estiró hasta el asiento trasero y sujetó mi cinturón.

–Toma –dijo–. Está conduciendo Drew. Es un requisito –lo aseguré y luego me apretó los hombros–. ¿De veras está sucediendo esto?

Caro y yo conocemos a Drew desde el kínder. En realidad, conocemos a la mitad de la escuela desde jardín. Es uno de esos suburbios del sur de California en donde muy pocos se mudan de sus casas de yeso rosadas.

Hay algo que tienes que saber acerca de Drew antes de que sea tu amigo: conduce como si lo estuviera persiguiendo un vehículo lleno de payasos pervertidos. Yo tomé clases de manejo con él cuando estábamos en segundo año, así que puedo asegurar que siempre fue así. (También puedo afirmar que nuestro instructor tuvo que renovar la receta de su ansiolítico luego de la primera clase de Drew en la calle).

Pero cuando está nervioso, alterado o con ansiedad, ahí es cuando conduce volando, y el día que encontraron a Oliver condujo de la manera más alocada que vi en mi vida. Caro mantuvo una mano aferrada al cinturón de seguridad mientras él pasaba una luz en amarillo, y cuando se topó con un pozo, ella gritó:

–¡Drew, esta camioneta no está hecha para romper la barrera de sonido!

–Ah, tranquilízate, Caroline –contestó, y yo sabía que usaba su nombre completo solo para molestarla. Nadie la llama Caroline. Son demasiadas sílabas.

–Me gustaría *ver* a Oliver antes de sufrir de un traumatismo cervical severo –dije tratando de aflojar mi agarre férreo del cinturón.

–Entonces, ¿qué tan real creemos que es esta vez? –preguntó Drew.

Tenía razón. Esta no era la primera vez que habían “encontrado” a Oliver. Al principio, lo habían visto muchas veces, habían llovido cientos de llamados que aseguraban haber visto a un niño de siete años, de cabello claro y carita pecosa en Omaha, Atlanta, Los Ángeles, e incluso

en Puerto Rico. Los llamados disminuyeron con los años, pero de vez en cuando había un rayo de esperanza. Un rayito de vida corta, pero seguía siendo esperanza de todas formas, capaz de sobrevivir por otro año.

–Tal vez ahora sea real –dije–. No lo sé, yo... –la voz se me fue apagando, no estaba segura de a dónde iba con lo que decía.

Caro retomó la conversación.

–La mamá de Emmy me llamó, porque Em no contestaba el celular –comentó–. Algo acerca de una huella. ¿Él estaba en una comisaría, en una excursión escolar? No estoy segura. No importa, coincidió con la huella de su expediente y fueron a arrestar al padre a su casa. Él no estaba, pero Oliver sí.

–¿Nueva York? –preguntó Drew–. ¿En serio?

–La *ciudad* de Nueva York –enfaticó Caro–. Pero esa es la parte loca: todavía no encontraron al papá. Supuestamente está prófugo –a Caro siempre le gustó la jerga policial. Creo que nunca se perdió un episodio de *La ley y el orden*.

–Guau –murmuró Drew–. Nueva York.

Ni siquiera tenía que mirarlo para saber qué era lo que estaba pensando. Le encantaría estar en cualquier otro lado que no fuera nuestra ciudad. Nueva York parecía un sueño.

Vivimos en una comunidad tolerante, mientras que no haya nada que tolerar. Así que cuando Drew salió del clóset el año pasado y anunció que era gay, causó un poco de lo que él llamó un “escándalo contenido”. Caro y yo ya lo sabíamos, por supuesto, pero la reacción de los padres de Drew fue un poco... diferente. Lo aceptaron al principio, hubo muchas frases como “Te amamos como eres” y todo eso, pero al escuchar a Drew contarle, el estado de ánimo de su casa era más pesado. Los silencios más largos, las palabras más cortas.

–A veces me miran –comentó una noche cuando estábamos durmiendo en lo de Caro, su voz tranquila en la oscuridad–. Y no puedo saber si les gusta lo que ven.

Podía entender entonces por qué Drew anhelaba irse a Nueva York.

Miré por la ventana, y Drew giró a la derecha. Todos nos quedamos quietos por un momento. En nuestra foto de segundo curso, estábamos ubicados por altura en la mitad de la fila: Caro en un extremo, después Drew, después Oliver y yo. Y luego Oliver se fue y quedamos los tres; no teníamos idea de cómo darle algún sentido a nuestra pérdida. Y para empeorar las cosas, todos los adultos eran demasiado amables en los meses siguientes a la desaparición de Oliver: *¿Golpeaste mi auto con la bicicleta? Es solo un rasguño; ¿Arrojaste la pelota contra mi ventana? Ten más cuidado la próxima.* Era inquietante. Cuando los adultos son demasiado indulgentes, sabes que las cosas están muy mal.

Drew giró a la izquierda y estacionó en nuestra calle. Su rutina normal es ir a toda velocidad hasta el último segundo posible, luego dar una vuelta en “u” en nuestra *calle sin salida* antes de subirse a la acera de la entrada de mi casa. Se pueden imaginar lo divertido que es eso arriba de una combi VW tan pesada. La primera vez que mi mamá lo vio aproximarse hacia nosotros, dijo:

–¿Sabe que es una calle sin salida, no?

Era una pregunta coherente.

Sin embargo, tengo que admitir que Drew sabe lo que hace, y diez segundos más tarde estaba levantando el freno de mano mientras veíamos una caravana de camiones de noticieros y cámaras.

–Hola, hola, antiguos amigos –dijo Drew arrastrando las palabras–. ¿Hace cuánto que no nos veíamos?

–Dos años –respondí, mirando con furia por la ventana. Luego de que Oliver no apareciera en la escuela ese martes diez años atrás, las cámaras se convirtieron en un calvario ruidoso por algunos meses. Al principio, todos pensábamos que era algo positivo. ¡Estaban generando interés en el caso! Seguro alguien vería a Oliver y llamaría a la policía y él volvería a casa justo para el cumpleaños número ocho de Drew. Caro, Drew y yo solíamos mostrar fotos de Oliver y tratábamos de que

los noticieros las filmaran, pero básicamente ellos se situaban frente a la casa de Oliver y decían cosas como: *Esta desaparición trágica dejó a una comunidad traumatada...* (pausa dramática) *por completo.*

Lo irónico es que, si bien la desaparición de Oliver fue un acontecimiento muy importante en nuestra comunidad, no generó mucho interés fuera de la ciudad. Era solo un niño secuestrado por un padre que no era abusivo y que no tenía ciudadanía en un país extranjero. Era terrible, es cierto, pero en materia de investigaciones criminales, encontrar a Oliver no era una prioridad en la lista de la mayoría de las personas. En ese momento, aprendí lo que es la verdadera frustración, ese dolor desgarrador que provoca saber que lo que más te importa solo es una onda pequeña en la vida de otras personas.

Una tarde, luego de que los titulares locales ya no se ocuparan tanto de la historia, los periodistas decidieron hablar *conmigo*. Mis padres estaban dentro y no sabían que me había escapado a escondidas para ver si Oliver estaba en su patio trasero, y las cámaras se me vinieron encima. Incluso ahora, cuando pienso en eso, me dan ganas de vomitar.

¿Qué se siente saber que tu amigo Oliver tal vez no regrese nunca?

¿Qué nos puedes decir de Oliver, cariño? ¿Piensas que él quería estar más con su papá que con su mamá?

¿Oliver te dijo algo? ¿Sabías que su padre se lo iba a llevar?

No sé en qué momento empecé a llorar, pero cuando mi papá salió corriendo de casa yo estaba con un ataque de nervios muy avanzado. Me sujetó y mandó a todos los periodistas al diablo (esa parte definitivamente no salió en las noticias de las siete), y me llevó adentro. Tiempo después, nos enseñó a Caro, a Drew y a mí algunas canciones de los Beatles y nos dijo que cuando viéramos a las personas con cámaras nos pusiéramos a cantar esas canciones.

En ese momento, solo me parecía divertido cantar en voz alta, pero después me di cuenta de la genialidad que se le había ocurrido a mi papá. Para transmitir las letras de los Beatles hace falta comprar los derechos

de las canciones, que cuestan unos mil millones de dólares. Así que cuando aparecíamos cantando sobre submarinos amarillos o sobre Lucy en el cielo con diamantes, ellos no podían usar esas grabaciones.

Hicimos eso desde ese entonces. Funcionó de maravillas.

–¿Qué canción? –preguntó Drew quitándose el cinturón como si no hubiera estado conduciendo la camioneta como un cohete–. Voto por *Hello, Goodbye*. Es la canción apropiada.

No nos opusimos, así que salimos de la camioneta y subimos por la entrada con rapidez mientras los periodistas se abalanzaban sobre nosotros. Reconocí a algunos de ellos (los que no habían conseguido trabajos mejores en San Francisco, Houston o Nueva York) y nos estaban observando a los tres, y se lamentaban porque ya conocían nuestra rutina absurda de cantar en voz alta.

–*You say goodbye and I say hello!* –cantamos. Lo que nos faltaba de talento lo compensamos con entusiasmo y una alegría malvada.

Ni siquiera habíamos terminado el primer coro cuando llegamos a la puerta de entrada de mi casa, donde nos esperaba mi mamá.

–¡Ay, querida! –gritó mientras se aferraba a mí, y después abrazó a Drew y a Caro como una ocurrencia tardía–. ¡Lo encontraron! ¡Está vivo!

No había visto llorar a mis padres en años. Cuando Oliver desapareció, hubo conversaciones susurradas y momentos silenciosos estresantes, pero nunca llanto. Creo que pensaron que tenían que ser valientes por mí y fuertes por Maureen, la mamá de Oliver. Pero ahora tenía a mi madre llorando sobre mi hombro y la abracé fuerte, sin saber bien qué decir.

Drew era mejor que yo para estas situaciones.

–No se preocupe, señora Trenton –dijo–. Oliver está en Nueva York. Si lo puede lograr allí, lo puede lograr en cualquier lado.

Mi mamá rio entre lágrimas y nos soltó a los tres.

–Drew –lo regañó–, este no es el momento para hacer chistes –pero todavía estaba riendo y Drew me guiñó un ojo.

–Mami, ¿es verdad? ¿Es cierto esta vez?

Ella asintió y usó un pañuelo arrugado para secarse los ojos.

–Maureen nos llamó hace una hora. Ya está yendo al aeropuerto para viajar a Nueva York. Dijo... –se detuvo para contener un sollozo–. Dijo que mide uno ochenta y que tiene el cabello oscuro.

Yo solo asentí con la cabeza, porque sabía a qué se refería. Cuando Oliver desapareció, apenas me llegaba hasta el hombro y tenía el pelo con destellos rubios después de haber pasado veranos fuera, en nuestros patios traseros.

–¿Y qué sucedió con el padre? ¿Está...?

–No lo saben –respondió–. Aparentemente, no estaba en la casa y no volvió desde ese entonces. Lo están buscando. Estoy segura de que lo encontrarán.

Yo no estaba tan segura. Mi mamá había estado diciendo eso de Oliver durante diez años: *Estoy segura de que lo encontrarán*.

–Papá está volviendo del trabajo, Em –se secó los ojos de nuevo–. ¿Tienen hambre?

–Sí –intervinieron Drew y Caro al unísono. Mi mamá tiene un servicio de *catering*, así que siempre hay comida dando vueltas en mi casa. Les encanta aprovecharse descaradamente.

–Vengan, vengan –dijo, llevándonos a la cocina–. Hay sobras de *crêpes*.

Caro movió la boca sin emitir sonido y dijo sonriendo: “¡*Crêpes!*”. Fui dando tropezones detrás de ellos mientras me sacudía la arena de los tobillos a espaldas de mi mamá.

Ella había remodelado el ambiente varios años atrás y había quedado como una cocina del programa de Martha Stewart combinada con una sala de operaciones. Hay utensilios brillantes que nos confunden a mi papá y a mí por completo, pero de alguna manera también es cálida y acogedora. Me gusta estar allí, en tanto no toque nada y no termine manchada con puré por accidente.

–¿Piensas que el padre de Oliver lo seguirá hasta aquí? –me hundí en una silla al lado de Drew, que lucía tan preocupado como yo–. Digo, Oliver estuvo con él todo este tiempo. Separarse ahora debe ser difícil.

–¿Su *padre*? –preguntó Caro–. ¿Te sientes mal por él? ¿De verdad?

–No, me siento mal por Oliver –le contesté. Pero me sentía un poco mal por todos y no sabía por qué.

–¿Tiene Nutella este *crêpe*? –preguntó Drew.

–Toma, el mío es de Nutella. Cámbialo conmigo –intercambié los platos sin dejar que Drew me respondiera. Caro murmuró algo por debajo, que sonó como “complaciente”, pero me puso cara de inocente cuando le clavé la mirada.

–¿Sabe que Maureen se volvió a casar? –pregunté–. ¿O acerca de las mellizas?

–Uy, eso sí será un *shock* –dijo Caro mordiendo el *crêpe*.

–Seguramente Maureen le contará todo acerca de Rick, Molly y Nora –nos aseguró mi mamá–. Ese no es el tipo de noticias que se pueden esconder.

–¿Piensas que nos recuerda siquiera? –preguntó Drew–. Pasaron diez años.

–No digas eso –grité, antes de poder controlarme. El tenedor de Drew se congeló en el aire mientras me miraba fijo. Mi mamá también me estaba observando desde la cocina. Vi esa mirada durante muchos años, era la mirada que parecía decir “Ay, Dios mío, ¿nuestra hija está dañada de forma permanente?”. No tenía ganas de volver a verla.

»Por supuesto que nos recuerda –dije–. ¿Por qué no lo haría? Nosotros lo *recordamos* a él. ¿Cómo podría *olvidarnos*?

Tanto Caro como Drew permanecieron observándome, pero yo desvié la vista hacia otro lado para calmarme. Durante años me había imaginado la vuelta de Oliver, cómo sería, pero nunca incluía *crêpes* o a Oliver olvidándonos. Crucé los dedos y golpeé la mano suavemente contra la mesa de madera de la cocina. Era la forma secreta que teníamos

con Oliver para terminar con la mala suerte. La habíamos inventado dos semanas antes de su desaparición, y no iba a dejar de practicarla ahora.

–Estoy segura de que los recuerda –dijo mamá, con esa forma reconfortante que me daba ganas de gritar–. Oliver está volviendo a casa y está a salvo. Es lo único que importa en este momento.

Miré a Caro. Me devolvió la mirada con los ojos bizcos.

Mamá dejó de hablar de repente.

–Ey, ¿por qué tienes el cabello mojado? –preguntó.

Los tres nos quedamos inmóviles, Caro casi se atraganta con el *crêpe*.

–La desafiamos a ir a las pruebas de natación –contestó Drew sin vacilar.

–Por eso no recibí tus mensajes –añadí golpeando el tobillo de Drew bajo la mesa en señal de agradecimiento. Me devolvió una patada que sería su propia versión de un “Por nada”.

Mi mamá solo rio.

–Están locos –dijo, y se dio vuelta para traer más comida–. Saben que Emmy no puede nadar muy bien.

Los tres nos miramos, después Caroline se inclinó y me sacudió arena del codo, borrando mi secreto.

CAPÍTULO 3

EL DÍA PARECIÓ ETERNO MIENTRAS ESPERÁBAMOS más noticias de Oliver. No es que hubiera algo para escuchar, por supuesto. Estaba en un avión en el cielo, viniendo a toda velocidad hacia nosotros, con la misma fuerza instantánea con la que había desaparecido en primer lugar. Su padre todavía estaba prófugo, pero mis papás nos mantenían a Caro, a Drew y a mí lejos de las noticias y computadoras. (No sabían que Caro y yo habíamos descubierto cómo desactivar los controles parentales hacía años. Además, hola: iPhones).

Drew y Caro obtuvieron permiso de inmediato para quedarse a dormir. Los papás de Caro ni siquiera se habían enterado de que habían encontrado a Oliver, y se podía escuchar que el entusiasmo de Caro disminuía con cada oración que intercambiaba con ellos: “¡Lo encontraron...! No, no saben dónde está... No, ya limpié mi mitad del dormitorio... Ese es el desorden de Heather, no el mío... Bueno, sí. No, no sé. Gracias, adiós”.

A veces pienso que los padres de Caro no les siguen los pasos a sus hijos. Son seis en total, y ella es la menor. “Soy lo último después de lo último”, dice siempre que hablamos del tema. Creo que el problema más grande es que durante toda su vida tuvo que compartir el dormitorio con Heather, su hermana mayor, y Heather es prácticamente un tornado implacable. Caro, en cambio, es una persona muy organizada y limpia,

y verlas compartir la habitación es como mirar dos películas en una sola pantalla. Caro desea con desesperación que su hermana se mute.

Los papás de Drew estaban rebosantes de alegría porque iba a pasar la noche con nosotras.

–Solo con Caro y Emmy –dijo en el teléfono, a la vez que subía y bajaba las cejas hacia nosotras de manera sugestiva–. Queremos estar juntos y hablar... No, mami, es viernes. No hay escuela mañana... Bueno, listo. Listo. Adiós.

–Eres un chico con suerte –dije ni bien colgó–. Pasar la noche con dos chicas adorables como nosotras.

Drew solo rio y se quitó el cabello de los ojos. Lo tenía cada vez más largo, y sospeché que representaba un dedo del medio metafórico dirigido hacia sus padres controladores. ¿Quién podía culparlo?

–Agua, agua por todos lados, ni una gota de alcohol para beber –se lamentó, y luego se dejó caer en la cama al lado de Caro y suspiró.

Se empezó a sentir una energía nerviosa una vez que se puso el sol. Estaba atardeciendo cada vez más tarde ahora que la Navidad había pasado, y a las siete el cielo estaba oscuro. Nadie cenó en realidad. Cuando mi papá finalmente empujó la silla alejándose de la mesa y dijo: “Bueno, ya terminé”, todos seguimos su ejemplo.

Hubo mucha comida cuando Oliver desapareció. De hecho, era tanta que no entraba en la cocina de Maureen, y la mayor parte terminó en nuestra casa. Eso no quería decir que nosotros estuviéramos comiendo. Las fuentes de comida no se ven apetitosas ni en los mejores tiempos, y además había muchísimas. Incluso a los siete años sabía que el poder curativo de las pastas tenía un límite. Los vecinos seguían trayendo alimentos y trataban de mirar detrás de nosotros y espiar el interior de nuestra casa y la de Maureen, como si hubiésemos escondido a Oliver en un armario debajo de la escalera. Les dimos un poco de comida a los periodistas más amables. Caro y yo nos pasamos una tarde comiendo un tazón entero de ensalada de frutas con cucharitas de té, y luego pasamos

una noche entera sufriendo agonía estomacal. Pero no nos castigaron –esa indulgencia extraña estaba en pleno ejercicio– y por primera vez en mi vida, deseaba que lo hubieran hecho. Por lo menos, eso habría sido normal.

Cuando descubrieron, al día siguiente, que habían encontrado a Oliver, algunos vecinos vinieron a tocarnos la puerta. “No queríamos molestar a Maureen”, decían y luego nos ofrecían carne/cazuela de vegetales cremosos/gelatina con trozos de fruta que bailaban en el centro. Drew miraba todo eso y sacudía la cabeza.

–¿Por qué simplemente no traen alcohol? –preguntó en voz alta.

–¡Exacto! –suspiró papá mientras trataba de hacer espacio en el refrigerador para la gelatina. Había pasado el sábado entero en nuestro patio trasero con Drew, Caro y conmigo, sin intenciones de irse de casa, por si algo llegaba a ocurrir. No sabíamos qué podría llegar a ser ese “algo”, pero era mejor estar en casa que en cualquier otro lugar. (Bueno, sin contar el surf, pero no tenía forma de escaparme al océano con todos esos periodistas colmando la calle).

–Puaj, cocktail de fruta –rezongó Caro cuando abrió el refrigerador–. Ni siquiera puedo usar crema de coco sin sentir náuseas.

–Lo mismo digo –asentí y me serví algunos vegetales que nuestros vecinos de enfrente habían traído hacía una hora.

Sabía que en algún momento íbamos a terminar desechando la mayor parte de la comida, como lo habíamos hecho diez años atrás. Ver los platos acumulados me daba vuelta el estómago y me aferré a la mesada justo cuando escuché gritos de los camarógrafos.

–¡Mamá! –exclamé, ya que ella parecía ser la persona a la que había que acudir. De repente, mis padres, Drew, Caro y yo nos estábamos precipitando hacia el porche. Las luces de las cámaras brillaban como rayos mientras una patrulla policial se dirigía de manera silenciosa e inquietante hacia la casa de Oliver. Había dos siluetas en el asiento trasero, una mucho más alta que la otra. Vi el contorno del cabello de Maureen

y me di cuenta, sintiendo náuseas, de que no reconocía a la otra persona en absoluto.

Y en ese instante, quería que todo se detuviera. Quería volver a la tarde anterior cuando estaba surfеando y quería que Caro me contara algo tan emocionante como que había reprobado el examen de Matemáticas. Quería que los vecinos se ocuparan de sus propios asuntos y, para completar mi horror, me di cuenta de que quería que Oliver regresara a Nueva York. Su desaparición había causado una herida tan grande que todavía no había cicatrizado, y yo no sabía si estaba lista para que se abriera otra vez. Si bien esos diez años habían sido terribles, al menos habían sido familiares. No estaba segura de estar preparada para cambiarlos por un conjunto de problemas y preocupaciones nuevas.

La puerta del acompañante del vehículo se abrió y salió Maureen, junto con el policía que iba en el asiento del conductor. Las cámaras se aproximaron como langostas electrónicas, y a mi lado vi que mamá se aferraba al brazo de papá. Ambos tenían lágrimas en los ojos. Los policías hicieron un gran esfuerzo para despejar el camino hasta la puerta de la casa de Oliver, pero no pudieron detener la catarata de preguntas que los periodistas habían comenzado a gritar:

—¿Estás enfadado con tu padre?

—¿Cómo fue el reencuentro con tu madre?

—¿Sabes dónde puede estar tu padre?

—¿Qué es lo primero que vas a hacer ahora que estás de nuevo en casa?

La puerta de Oliver se abrió y salió del auto.

Era un extraño.

Más alto, más ancho, el cabello oscuro, justo como había dicho mi mamá. Estaba mirando con enojo a las cámaras mientras Maureen lo rodeaba con el brazo. Desde el día en que Oliver no había vuelto a su casa después de la escuela, Maureen se había vuelto más pequeña y frágil, pero ahora, junto a su hijo, se veía diminuta. Sentí el sabor de la sangre y me di cuenta de que me había estado mordiendo el labio con mucha

fuerza. Caro estaba llorando a mi lado y Drew nos abrazó con firmeza a ambas. Él estaba temblando. Creo que todos estábamos temblando.

Cuando Oliver levantó la cabeza y nos dirigió una mirada, emití un sonido gutural. No lo había visto en diez años, pero había contemplado su rostro cada noche en mis sueños, la carita de un niño de siete años que ahora me parecía demasiado joven, y cuando su mirada se encontró con la mía, supe que era él. Tenía el mismo entrecejo, los mismos ojos, la misma postura.

Me pregunto si alguien le acomodó la etiqueta de la camiseta pensé en voz alta, y antes de que alguien me preguntara de qué estaba hablando, Oliver entró a su casa y la puerta se cerró detrás de él.

Y eso fue todo. Había vuelto.